

VIVIR LA EUCARISTÍA QUE NOS MANDÓ CELEBRAR EL SEÑOR (II)

PEDRO FARNÉS

El núcleo central de la celebración eucarística –la *Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor*– consta de dos partes: la proclamación de la Palabra y el sacramento eucarístico: “Id y anunciad el evangelio” (Mt 28, 19); “Haced esto –las acciones que el Señor realizó en la Cena– como memorial mío” (Lc 22, 19). Tanto el Vaticano II (Sacr. Conc. 56) como el Misal de Pablo VI (IGMR, 8) para describir la celebración eucarística se refieren simplemente a estas dos partes, que ambas, dependen directamente de un mandato de Jesús. Estamos, pues, muy lejos ya de aquellas presentaciones de la misa de hace unos pocos años que la describían diciendo que tenía una parte preparativa, o llamada antemisa o misa de los catecúmenos, y luego tres partes constitutivas del sacrificio eucarístico: ofertorio, consagración y comunión. Era esta descripción de la misa la que hacía que los moralistas afirmaran que para cumplir con la obligación dominical era necesario estar en la celebración por lo menos desde el ofertorio o desde que se pasara el misal, o desde que se descubriera el cáliz (ceremonias todas ellas que señalaban el paso de lo que hoy llamamos *Liturgia de la Palabra* y que entonces llamaban *Ante-misa o Misa de los catecúmenos*).

No, la misa no se divide de esta forma. La Misa no es únicamente un sacrificio o acto de culto *preparado* por una “ante-misa”. La Misa es una celebración *original y radicalmente cristiana*, no un mero culto o sacrificio que los cristianos ofrecemos a nuestro Dios, como Abel ofrecía lo mejor de sus rebaños o Caín los frutos de sus campos, como Israel presentaba sus sacrificios en el templo o las religiones sus víctimas a la Divinidad. La Misa no depende –al menos fundamentalmente– del culto

que el hombre debe tributar a Dios, sino de la Historia de la salvación iniciada por Dios en la Antigua Alianza y llevada a su culminación por Jesucristo mediante su predicación y su Pascua. La Misa responde a las dos acciones que hizo Jesús: *predicar la Buena Nueva y pasar de este mundo al Padre* como primicia de la humanidad y cabeza de la Iglesia. Por ello la Misa consta de dos partes, que actualizan las dos acciones de Jesús: la liturgia de la Palabra que actualiza la predicación del Señor y la liturgia eucarística que actualiza su tránsito pascual.

Para vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor es preciso, pues, distinguir y valorar, por encima de todos los otros ritos secundarios que con el correr de los tiempos se han añadido, los gestos fundamentales que nos vienen del Señor. Todo lo que no sea la proclamación de la Palabra y la Acción de gracias constituye simplemente el estuche en el que las diversas familias litúrgicas de Oriente y Occidente han ubicado la “joya” que nos legó el Señor, tal como explicamos en nuestro artículo del pasado mes de febrero (Cf. *Liturgia y Espiritualidad* XXIX (1998) 55-59). Todos los ritos añadidos al esquema fundamental se han de valorar en la medida que subrayen y hagan vivir con mayor intensidad las dos partes de la Misa sin interferir en el significado cristiano de la misma.

La Iglesia ensambla en una única celebración los dos mandatos que Jesús le encomendó

Las dos acciones que Jesús confió a su Iglesia —el mandato de anunciar el evangelio y el de actualizar sacramentalmente su Pascua o tránsito de este mundo al Padre— se las confió en dos ocasiones o momentos cronológicamente distintos y bastante distantes entre sí.¹ La misión de anunciar el Evangelio se la confió a sus apóstoles después de la resurrección, poco antes de su Ascensión al cielo (Mt 28, 19); la de repetir los gestos que actualizan su muerte y resurrección, antes de su muerte, en la cena de la víspera de su pasión (Lc 22, 19).

1 Por ello no es sino una acomodación un tanto artificial pretender que el llamado *Discurso de la Cena* en S. Juan sea una especie de *Liturgia de la Palabra*. La Liturgia de la Palabra depende no de la Cena ritual judía sino del culto sinagogal.

Pero la Iglesia ensambló muy pronto en una única celebración estos dos mandatos; los fieles a principios del s.II, ya celebraban habitualmente la Palabra antes de la Eucaristía.² Este ensamblaje del anuncio evangélico y de los gestos eucarísticos en una única celebración es, por otra parte, muy coherente; el anuncio del Evangelio, en efecto, y el tránsito de Jesús de este mundo al Padre como cabeza de la humanidad son dos realidades íntimamente ligadas entre sí, dependientes, por decirlo de alguna manera, la una de la otra: lo que anuncia la buena nueva del Evangelio, Jesús lo realizó con su muerte y resurrección. Ambas realidades la Iglesia las hace presentes en su más característica celebración a través de la proclamación de la palabra y de la realización de los signos eucarísticos en la asamblea que llamamos Misa. Por ello el Vaticano II puede afirmar con razón que “las dos partes de que consta la misa, a saber la liturgia de la palabra y la eucaristía, están tan íntimamente unidas que *constituyen un solo acto de culto* (Sacr. Conc. 56; Cf. también IGMR, 8)”.

En nuestro estudio empezaremos por presentar los diversos elementos con los que la liturgia realiza el primero de los mandatos del Señor, el de repetir los gestos eucarísticos que confió a los suyos la víspera de padecer por nosotros. Mas adelante, en un segundo momento estudiaremos también como se realiza también en la celebración cristiana el segundo mandato recibido del Señor, es decir, la proclamación del Evangelio que Jesús confiara a los suyos antes de dejar visiblemente este mundo.

Las palabras y los gestos mayores de la celebración eucarística

Los *gestos eucarísticos* que el Señor realizó la víspera de su pasión y mandó a los suyos repetir como su memorial fueron *siete*. Estos gestos Jesús los insertó, muy probablemente³ en el interior de los ritos de la pascua judía. Fueron estas acciones –no los restantes ritos de la Pascua de

2 Así presenta ya la celebración dominical S. Justino (ca. 150) en su Apología (Cf. RUIZ BUENO, *Padres apologistas griegos*, 67, Madrid, BAC, 116, pag.258).

3 Decimos que Jesús insertó *muy probablemente* los ritos eucarísticos cristianos en los de la pascua judía porque hay quienes piensan que el Señor se limitó a la bendición

Israel— los que la Iglesia ha conservado como herencia de Cristo y celebración propia de la familia cristiana. La comunidad cristiana, con todo, muy pronto⁴ suprimió la cena intercalada entre ambas bendiciones y, uniendo en una sola bendición (plegaria eucarística) la bendición del pan y la bendición de la copa que en la Cena de Jesús tuvieron lugar al inicio y al final de la cena, redujo a seis los siete ritos que hizo el Señor.

Las seis acciones que la Iglesia ha recibido de Jesús como elementos inmutables de la misa son: a) tomar pan y vino; b) bendecir a Dios por las maravillas que obra en favor de los hombres; c) preanunciar con palabras y gestos su entrega sacrificial; d) romper el pan; e) distribuir el pan fraccionado; f) dar a beber el cáliz. Estas son, ni más ni menos, las partes constitutivas del rito eucarístico, las acciones que nunca pueden faltar en la celebración eucarística. Todo lo demás que se realiza en la misa es de segundo orden. Los seis gestos a los que hemos aludido forman la “parte inmutable, de institución divina” de la misa (Cf. Sacr. Conc. 21). Estas seis partes nunca pueden faltar en la celebración eucarística; nadie —ni el Sumo Pontífice, ni un Concilio— las podría suprimir. Estas seis acciones consiguientemente deben subrayarse *por encima de todos los demás ritos o gestos de la celebración* en la práctica litúrgica (cosa que es preciso confesar no siempre se realiza). Estos seis gestos han figurado siempre y en todas las familias litúrgicas. Frente a estos seis gestos “divinos” todo los demás ritos de la misa son secundarios y pueden variar —de hecho varían— de una familia litúrgica a otra y de una época a otra.

del *birkat-ha-mazón*, que forma parte de los ritos pascales judíos, pero que, con todo, tiene lugar también en otras ocasiones, especialmente en la inauguración semanal del *sabbat*. Para el significado de la Eucaristía cristiana este detalle —si la cena eucarística se enmarcó materialmente o no en el rito pascual judío íntegro o únicamente en la bendición del *birkat-ha-mazón*— tiene muy poca importancia porque, de hecho, la comunidad cristiana olvidó el conjunto de ritos pascales judíos y siguió únicamente los propios del *birkat-ha-mazón*, incluido su ritmo semanal.

4 San Pablo, en la más antigua descripción de la Cena del Señor que se conserva, ya insinúa la conveniencia de suprimir la cena en la celebración eucarística (1 Co 11, 22). En las descripciones eucarísticas extrabíblicas ya no se encuentra nunca la cena unida a la Eucaristía sino que ambas bendiciones —la del pan y la de la copa— aparecen unidas en el interior de una sola bendición o plegaria eucarística.

La procesión de las ofrendas o el rito de la presentación del pan y del vino por parte del celebrante, o la elevación del Cuerpo y Sangre del Señor después de consagrados, para poner algunos ejemplos, pueden ser ritos sugerentes, pero no son ni constitutivos de la Eucaristía ni mucho menos imprescindibles. Hubo un tiempo en que estos ritos no existieron y los cristianos celebraban la verdadera Eucaristía del Señor. Y aún actualmente en las liturgias orientales no existe ningún rito parecido ni a la procesión de ofrendas, ni a la presentación del pan y del vino⁵, ni a la elevación de después de la consagración. La misma recitación del Padrenuestro es un rito añadido a la Eucaristía, desconocido aún en las más antiguas fuentes como la Apología de Justino (ca. 150) o la Tradición Apostólica (s. III).

La simple enumeración de estos seis gestos como acciones primordiales de la celebración debe poner, pues, en guardia a cuantos participan en la Misa. Sus seis gestos esenciales deben celebrarse ciertamente acompañados *de todos y cada uno de los ritos de la propia familia litúrgica*, pero nunca los gestos acompañantes o añadidos deben ofuscar los seis gestos constitutivos de la celebración. Los ritos sobreañadidos deben limitarse a realzar y a subrayar los gestos fundamentales de la Eucaristía;⁶ nunca, por el contrario, deben ofuscarlos con su excesiva solemnidad.

Tomar el pan y el cáliz, primero de los gestos “que viene del Señor”

Que quien preside la celebración en nombre de Cristo tome en sus manos el pan y el cáliz es un primer gesto de institución divina. (Cf. Sac. Conc. 21). Ninguna familia litúrgica nunca ha omitido este gesto. Pero la realización

5 La llamada *Gran entrada* del rito bizantino –que a su manera parece también existió en el antiguo rito galicano– no tiene nada que ver con la procesión de las ofrendas; en la *gran entrada*, en efecto, no son los fieles quienes llevan el pan y el vino para la Eucaristía –el rito no tiene tanto sentido de ofrenda de dones– sino que son los ministros quienes llevan procesionalmente el pan y el vino como anticipo ya de la presencia eucarística del Señor.

6 Si el rito *secundario* de la paz, por ejemplo, hace que pase casi desapercibido el gesto *divino* de la fracción del pan, la celebración queda desequilibrada, pues lo añadido y secundario pasa por encima de uno de los gestos que “vienen del Señor”.

material del gesto no es suficiente; éste debe realizarse además de manera subrayada y expresiva. Sería deficiente, por ejemplo, la misa en la que el celebrante *tomara el pan y el cáliz* de forma anodina mientras dice, a manera de simple narración las palabras del relato. Los fieles, por su parte, participarían de manera también deficiente si dieran más importancia a contemplar la elevación de las especies consagradas que a los gestos y palabras de la consagración, o no supieran ver en el rito de *tomar el pan y el cáliz* al mismo al Señor que realiza ahora en bien de la asamblea el mismo gesto que hizo con sus discípulos en la Cena.

El nuevo Misal de Pablo VI es a este respecto mucho más educativo y significativo que el que lo precedió. Si se compara la sobriedad de sus rúbricas con las del Misal anterior fácilmente se capta como los redactores del misal actual no pretendieron describir un conjunto de simples ceremonias sino subrayar unos *gestos sacramentales* que hacen presente las acciones del Señor en la Cena. Es precisamente en esta línea que la descripción de los ritos de la consagración aparece encabezada con estas significativas palabras:

“En todas las fórmulas que siguen las palabras del Señor han de pronunciarse con claridad, *como lo requiere la naturaleza de las mismas*”.

Con esta advertencia nuestro Misal sitúa la consagración en un contexto muy diverso al de las ceremonias; se trata de subrayar la solemnidad del momento, la expresividad y la diferenciación de estas palabras sobre las restantes, como culminación que son de toda la Plegaria eucarística e incluso de toda la celebración.

Es posible que—como reacción a las antiguas rúbricas que pormenorizaban los más mínimos detalles sin motivaciones objetivas— algunos vean y juzguen en las citadas palabras como una especie de resurgimiento del rubricismo decadente o una nueva manifestación de *magicismo* litúrgico; pero el contexto del nuevo Misal es ciertamente muy otro: aquí se trata de poner en práctica los diversos niveles de importancia y expresividad de cada parte de la celebración —de aplicar a la liturgia lo que el Vaticano II afirma de la jerarquía de las verdades reveladas— cosa que ya se dice en la introducción al Misal con estas palabras:

En los textos que el sacerdote o sus ayudantes ha de pronunciar en voz

alta y clara la voz ha de responder a la índole del respectivo texto (IGMR, núm. 18).

Y en las palabras de la Consagración la *índole del texto* es ciertamente ciertamente culminativo y muy distinto de las restantes palabras del celebrante.

El anterior Misal, en cambio –sobre todo en las páginas de su *Ritus servandus in celebratione* (IX, 5)–, hablaba un lenguaje muy distinto: se entretenía en toda una serie de prescripciones que no eran sino meras ceremonias.⁷ En este ámbito, pues, no pueden equipararse las *rúbricas* del antiguo Misal con la descripción de los *gestos sacramentales* del Misal de Pablo VI. Prescindir de los gestos litúrgicos de nuestro Misal como reacción a las *rúbricas* del Misal anterior –como acontece con frecuencia, seguramente sin advertirlo– es no comprender *el sentido de la reforma* ni captar *el trasfondo teológico de la disciplina sacramental* (Sínodo Episcopal de 1985, *Relatio Generalis*).

Realizar expresivamente y contemplar “con devoción” el gesto de tomar el pan y el cáliz

Pasemos a un punto ya más concreto de nuestro comentario: la realización práctica de los gestos litúrgicos de “tomar el pan y de coger el cáliz”. En estos gestos el celebrante debe actuar –lo recordaba ya s. Ambrosio en el s. IV– como icono del Señor; y los participantes por su parte deben contemplarlos como quien ve al Señor en medio de ellos entregándoles su Cuerpo y su Sangre y encabezando así con su muerte y resurrección,

⁷ La generación de sacerdotes que vivió personalmente el paso del Misal de S. Pío V al de Pablo VI al ver las *rúbricas* sobrias del nuevo Misal reaccionó (de modo comprensible, pero objetivamente inaceptable) contra todo tipo de gestos litúrgicos, equiparando sin criterios objetivos *ceremonias* y *gestos sacramentales*. Al interpretar la reforma litúrgica de esta forma –como una especie de *liberación del rubricismo*– arremetieron contra todas los gestos litúrgicos y así se generaron –y perseveran en muchos ambientes– unas maneras de celebrar a base de múltiples palabras y moniciones, pero casi sin gestos o, cuando éstos se hacen, organizándolos no eclesialmente –es decir, no según la normativa de la Iglesia– sino subjetivamente a gusto de cada celebrante.

presentes sacramentalmente en los gestos eucarísticos, la Pascua o *paso* de toda la Iglesia de este mundo al Padre.

El sacerdote toma en primer lugar el pan. Tomar el pan es en este momento un gesto sacramental y solemne: el celebrante debe tomar el pan –no la patena– *con las dos manos*⁸ y sostenerlo un poco elevado⁹ sobre el altar mientras recuerda el gesto del Señor. Conviene que lo coja expresivamente, elevándolo un poco para que el gesto resulte visible a los participantes –*elevándolo un poco sobre el altar* indica expresivamente el Misal– mientras dice *tomó pan*. Si se usa el Canon Romano debe elevar también los ojos mientras alude al gesto de Jesús.

Las palabras de la Consagración deben recitarse –o cantarse– estando el celebrante *un poco inclinado*. Este es un gesto que requiere discreción y expresividad. Un gesto cuya realización equilibrada puede resultar un poco difícil porque si se omite el gesto –como hacen muchos celebrantes– el conjunto de gestos y palabras tienden a equiparar la consagración a un mero relato; pero si se exagera la inclinación se corre el riesgo de convertir este momento culminante en un gesto tendente a la magia.¹⁰

Al recordar lo que el Señor hizo y nos mandó repetir, puede ser expresivo –aunque de este gesto nada explícita el Misal– mirar discretamente a los fieles mientras dice *Tomad y comed todos de él; Tomad y bebed todos de él* –el Señor se dirigió a sus discípulos dice el texto de la anáfora–. Si el

8 No es ni solemne, ni correcto, ni tan sólo estético tomar con una mano el pan y con otra la patena; históricamente nunca se ha hecho de esta forma; por otra parte si el Señor –a quien nuestro gesto quiere imitar– tomó el pan y lo rompió, es evidente que en sus manos no tenía en aquel momento otros objetos. Seguramente el tomar en este momento el pan con una mano y su recipiente con la otra debe ser un quererse distanciar –aunque sea de modo inconsciente– de lo que se hacía antes, de lo que prescribían las antiguas rúbricas.

9 Este *sostener el pan un poco elevado* es lo que dio origen en el rito romano, como veremos en nuestro próximo estudio, al rito de la elevación de después de la Consagración.

10 Algunos pueden recordar las rúbricas del Misal de S. Pío V para este momento, rúbricas que sí presentaban por lo menos un dejo de magia: “El celebrante, poniendo

ministro, al pasar del relato a las palabras mismas de la Consagración: *Esto es mi Cuerpo...; éste es el cáliz de mi Sangre...*, se inclina, *estas palabras*, acompañadas del gesto de la inclinación pueden ser e interpretarse como una especie de *epiclesis en acción*. El sacerdote, pues, con gran respeto—casi diríamos con temor—se inclina para pronunciar con fruto espiritual para él y para los participantes las santas y vivificantes palabras que dijo el Señor.¹¹

Si damos una ojeada al conjunto de las liturgias constataremos como en los gestos de tomar el pan y el cáliz se multiplican los signos de solemnidad. En la Anáfora siria occidental de Santiago y en el Rito hispano, por ejemplo, al terminar cada una de las dos consagraciones el pueblo interviene en la acción sagrada con un doble *Amén*. Lo mismo encontramos en la misa armenia, en la bizantina y en la etíope. En la copta aún se hace más intenso el subrayado y la solemnidad de estas acciones: el pueblo aclama *Amén* a cada una de las acciones de Jesús que el sacerdote recuerda: *Tomó el pan R/. Amén; dio gracias R/. Amén; lo bendijo R/. Amén; lo santificó R/. Amén*. Todo este conjunto de acciones y aclamaciones está encaminado a que la asamblea contemple a Cristo, presente en el sacerdote, y se una al Señor en el momento culminante de la celebración; y a que el sacerdote por su parte tome clara conciencia de que en estos gestos él es la imagen o icono del mismo Cristo.

Dichas las palabras santas el celebrante debe *mostrar* al pueblo el pan consagrado. Aquí tenemos otro gesto de difícil realización, sobre todo porque la práctica anterior y las costumbres de los fieles tienden a olvidar que estamos en plena *acción* sacramental de la muerte y resurrección del Señor. Este espacio no debe convertirse, pues, en un tiempo primordial-

los codos sobre el altar, con la cabeza inclinada, pronuncia en secreto, clara y reverentemente las palabras de la consagración sobre la hostia o sobre todas las hostias si ha de consagrar más de una" (Rit. serv., VIII, 5).

11 Aquí pensaríamos que la rúbrica que prescribe inclinarse debería interpretarse de manera que el *Tomad y comed todos de él* de ambas consagraciones (y también el *Haced esto en conmemoración mía* del cáliz) deberían dirigirse a la asamblea; la inclinación debe únicamente hacerse mientras se dice *Porque este es mi Cuerpo... Porque éste es el cáliz de mi Sangre...*

mente de adoración de las santas especies, rompiendo en cierta manera el dinamismo de la Misa como memorial del misterio pascual. Hay otras ocasiones –v. gr. la Exposición solemne de la Eucaristía– que tienen como finalidad la adoración de la Eucaristía. Se puede adorar al Señor presente mientras el sacerdote muestra la Eucaristía a los fieles, pero esta adoración no conviene alargarla ni subrayarla aquí excesivamente; rompería la dinámica sacramental del sacramento del *paso o pascua* del Señor.

Obsérvese a este respecto que el nuevo Misal no habla ya de *eleva*r el Cuerpo y la Sangre del Señor sino simplemente de *mostrarlos*.¹² Pero la práctica del rito romano, a partir del s. XIII –y por motivos más bien devocionales, algunos de ellos incluso supersticiosos–¹³ no sólo ha añadido este gesto de la elevación sino que con frecuencia, al menos popularmente, le ha dado un relieve a veces incluso superior a la de los mismos gestos de la consagración.¹⁴ Todo ello no favorece ciertamente una vivencia correcta de aquella Eucaristía *que nos mandó celebrar el Señor*.

Defectos que empobrecen la significación de los gestos de la Consagración.

Terminemos esta reflexión sobre los gestos de *tomar el pan y el cáliz*, señalando algunos de los defectos que con mayor frecuencia se introducen en este ámbito y empobrecen los gestos del Señor.

12 El Misal de S. Pío V sí que hablaba aquí de *eleva*r el Cuerpo y la Sangre del Señor: “Dichas las palabras de la Consagración el sacerdote *eleva tanto cuanto le sea cómodamente posible la Hostia –o el Cáliz–* para que el pueblo los adore”. El hecho de que el nuevo Misal haya suprimido esta rúbrica habla ya por sí mismo.

13 De ello hablaremos en el próximo número de nuestra revista.

14 En España podría recordarse, por ejemplo, el toque de la marcha real durante la elevación; en la práctica actual –¡postconciliar!– seguramente a causa de las retransmisiones televisivas de las misas del Papa, hay celebrantes que elevan el pan y vino consagrados dando una vuelta hacia todas las direcciones, a pesar de que este rito es, desde hace siglos, *exclusivo* de la misa papal.

El primero de estos defectos –el más común y el que viene a ser como la raíz de todos los otros defectos que se deslizan en este ámbito– es el de recitar el relato de la institución –incluso las mismas palabras de la consagración– a la manera de una simple lectura que narra lo ocurrido en otro tiempo durante la Cena del Señor, olvidando que aquí se trata de algo más importante como es la realización y actualización *real y sacramental* de cada una de las acciones del Señor.

Un segundo defecto es el de elevar el pan o el cáliz consagrado *casi al mismo tiempo en que se pronuncian las últimas palabras del Señor*. Con esta simultaneidad se desvirtua tanto el valor simbólico y evocativo del gesto como sobre todo el significado de las palabras del Señor que en la elevación pequeña pueden tener también un sentido oblativo: presentar el Cuerpo y la Sangre del Señor no únicamente al pueblo sino también al Padre, como se hará luego en la doxología final.¹⁵

Un tercer defecto es el de dar relieve desproporcionado a la *ostensión* de las santas especies por encima de los *gestos y de las palabras de la consagración*, ello tanto por la solemnidad con que se muestra al pueblo el pan y vino consagrados como por la duración exagerada que a veces se da a este rito.¹⁶

Señalemos aún un cuarto defecto: el de convertir la consagración en un espacio de adoración eucarística. Este fenómeno, desconocido totalmente en las demás liturgias, en Occidente ha cambiado a partir del s. XII el sentido mismo con que los fieles ven la celebración. La Eucaristía es

15 Vestigios del sentido *oblativo* de la elevación –el sacerdote presenta el Pan y Vino consagrados al Padre– se conservan aún en algunos escritos bastante posteriores; Bertoldo de Chiemsee (1535), afirma, por ejemplo: “Cuando el sacerdote eleva la forma, esto es, la *ofrece sacramentalmente*” (*Keligpuchel*, c. 20, 7); o Martín de Chochem (1724): “¡Que don más precioso presenta el sacerdote a la Santísima Trinidad *cuando levanta la forma consagrada*” (*Medulla missae germanica*, c. 29), citados en JUNGMAN, *El Sacrificio de la Misa*, Madrid, BAC, 1959, pág. 765.

16 Nótese que el misal no habla en este momento de *eleva*r el Cuerpo y la Sangre del Señor sino de *mostrarlos*. Únicamente en la doxología final el misal alude a una verdadera elevación.

fundamentalmente una acción de gracias y una actualización sacramental de la muerte y resurrección del Señor (Cf. 1 Co 11, 26). Esto es lo que el Señor entregó a su Iglesia la víspera de su pasión. Pero en el siglo XII en la Iglesia latina –como consecuencia y reacción ante las herejías que negaban la presencia real– se tiende progresivamente a subrayar sobre todo esta presencia; con ello se pasa a ver la consagración casi exclusivamente como el instrumento para tener presente al Señor. Es en este contexto donde nace, como ya hemos dicho, la elevación de las especies consagradas¹⁷ y la costumbre de arrodillarse los fieles durante la consagración.¹⁸ Progresivamente se van tomando durante la consagración actitudes de súplica y adoración, recitando incluso determinadas jaculatorias al elevar el sacerdote el pan consagrado (vr. gr. *Señor mío y Dios mío*). El momento de la consagración primordialmente no es un momento de adoración sino de recuerdo y vivencia del Señor que se entrega por nosotros, tal como lo sugieren las mismas palabras de Jesús: *Haced esto en conmemoración mía*. Y en no pocos ambientes esta es la visión de la consagración como adoración eucarística que muchos tienen aún hoy, a pesar de las reformas litúrgicas y de las explicaciones de la teología.

El Misal de Pablo VI ha iniciado el retorno a un equilibrio más claro y más completo de lo que significan los gestos de la consagración. Así, por ejemplo, en cuanto a la actitud de los fieles, pide que durante la Plegaria eucarística estén de pie y no de rodillas como prescribía el Misal de S. Pío V; incluso por lo que se refiere a la Consagración –de este punto concreto trataremos en un nuevo artículo sobre la historia de la elevación– aunque establece que durante la misma los fieles deban arrodillarse, no obstante admite el que se queden en pie cuando “cualquier *causa razonable* aconseje un uso diverso” (IGMR 21).

17 La primera noticia sobre elevación del Pan consagrado la tenemos en una disposición del Obispo de París, en el año 1210.

18 Parece ser que la primera noticia sobre esta actitud de los fieles se la debemos al Card. Guido quien en el año 1201 dio el mandato de proceder de esta forma cuando visitó Colonia como Legado del Papa (Cf. HEISTERBACH, *Dialogus miraculorum*, IX, 51).

Señalemos aún otra práctica poco correcta y que en cierta manera desequilibra el dinamismo de la celebración: la de tocar el órgano durante la elevación. El nuevo Misal advierte explícitamente que los instrumentos musicales deben quedar silenciosos durante las oraciones presidenciales (IGMR, 12); ahora bien, la consagración-elevación forma parte de la *Gran Plegaria presidencial de la Eucaristía*; durante ella por tanto no puede sonar el órgano. Además el sonar del órgano en este momento por una parte subraya de algún modo la adoración de las sagradas especies por encima de la contemplación del memorial del Señor y por otra parte *separa y aísla* indebidamente la consagración-elevación del resto de la acción eucarística.

Conclusión

Subrayar debidamente el gesto de tomar el pan y el cáliz, como hemos intentado hacer en este artículo, enriquecerá sin duda la vivencia espiritual y contemplativa de la celebración de la Eucaristía *que nos mandó celebrar el Señor* y ayudará a captar mejor el significado y finalidad que Cristo quiso dar a su gran sacramento; esta visión objetiva de lo que es la Eucaristía en uno de sus gestos *divinos* –tomar el celebrante el pan y el vino– esperamos completarlo presentando la historia de cómo en el rito romano nació y se desarrolló el gesto de la elevación, gesto que, bien realizado y debidamente interpretado, puede revalorizar los gestos de la consagración, pero que realizado fuera de su verdadero contexto puede también desfigurar el sentido más genuino de la Plegaria eucarística y muy especialmente de los gestos de la consagración.

PEDRO FARNÉS

Barcelona